

CULTURA DEL DESARROLLO

DESDE DONDE HABLAMOS

Venimos del "fin del mundo", como nombraban los navegantes a esa parte del planeta que habitamos. Vivimos en el filo del Pacífico, en una orilla de nuestro continente Americano y, desde allí, nuestra vista y nuestra alma se empujan por sobre las cumbres andinas para establecer un nexo de fraternidad con aquellos otros que cohabitan estas tierras. Desde la lejanía, miramos y vivimos los avatares de nuestras historias y de nuestros sueños, escuchando lo que nos dicta esta pertenencia profunda a la sangre y al suelo de nuestra América.

Miramos y pensamos, desde allí, el mundo en que debemos vivir y soñamos aquel otro, que queremos construir entre todos. Es por ello que nuestra visión quiere ser americana y todo lo que aquí digamos tiene el sello de esa identidad.

Hoy, es un "momento de gracia" para reflexionar, para "perder el tiempo" en re-
encontrarnos en los sueños comunes. Para asumir, juntos, los desafíos de los nuevos tiempos que ya viven con nosotros. El mayor de ellos es el de no seguir equivocándonos en nuestra relación con los vertiginosos cambios tecnológicos y científicos, con la virtualidad de las comunicaciones, y con el temido y al mismo tiempo deseado fenómeno de la globalización. Urge reponer al ser humano, hombres y mujeres, en el centro mismo del gran cambio.

EL GRAN CAMBIO

En las puertas del próximo milenio, la humanidad entera parece estar experimentando gigantescos vuelcos en su percepción de los fenómenos históricos en los que se encuentra envuelta, así como una mutación substancial en la forma de generarlos y de participar en ellos. Tal vez, en mucho tiempo, este es el momento en que está surgiendo, a nivel planetario, una mayor conciencia de que es no sólo posible, sino que indispensable la acción directa de las mayorías en la estructuración de las siguientes etapas de su pleno desarrollo.

Sin embargo, esta situación no es algo casual. Estamos enfrentados a un punto de giro y el ser humano se encuentra tensionado, quiéralo o no, por una generalizada sensación de tipo psico-social derivada del cambio de milenio que, así es percibido por muchos, puede dar paso a una nueva era cuyas características valóricas dependerán como nunca de nuestra acción directa. Todo ello configura un excepcional contexto, que es particularmente favorable para generar un cambio decisivo en las estructuras del pensamiento.

Es cierto que innumerables veces el hombre se ha negado a la posibilidad de producir alteraciones beneficiosas en el sistema social por considerarlas una tarea infructuosa, sin posibilidad alguna de éxito o, simplemente, por un equivocado concepto de “confianza” en el buen funcionamiento de lo ya establecido que lo ha llevado a transitar caminos más “seguros”, avalados por la experiencia de generaciones anteriores.

Hoy, sin embargo, nos encontramos en vísperas de un hecho que no podemos considerar como exclusivamente formal y que contiene una potencia simbólica extraordinaria, como es el cambio simultáneo de cuatro dígitos en nuestra cuantificación occidental del tiempo.

Este acontecimiento favorece una revisión más profunda acerca de los cambios constantes que experimenta el proceso cultural y de su proceso siempre inacabado. Al mismo tiempo, nos urge a preguntarnos si el tipo de cultura que estamos creando favorece, a través de una mayor clarificación de los derechos y deberes compartidos por toda la humanidad, nuestras reales posibilidades de acceder a la condición de actores y de sujetos activos de nuestro propio desarrollo en cuanto a especie.

PROCESO DEL DESARROLLO

Si es cierto que hacemos cultura cuando, al transformar nuestro entorno, nos modificamos a nosotros mismos en nuestras conductas y en nuestra forma de pensar, está claro que la calidad de lo que producimos dependerá exclusivamente de nuestra capacidad de entender la relación hombre - mundo como una unidad armónica que necesita constantes cuidados y revisiones.

Por otro lado, considero a la cultura como el proceso en el que innumerables fuerzas se unen y se entrelazan, asumiéndose o negándose, en un acontecer continuo.

En este proceso, los seres humanos se relacionan entre sí y con su entorno, transformándolo con sus obras y adquiriendo experiencias y conocimientos con los que estructuran un hábitat diferente que, a su vez, modifica sus propias conductas.

La relación que ha establecido entre su entorno, las formas de organización del trabajo para transformarlo y las obras resultantes de esa transformación, ha generado el poderoso y continuo circuito de retroalimentación, que durante muchos siglos ha constituido la principal fuerza motora del crecimiento humano en todas sus dimensiones y de su acceso a más altos niveles de desarrollo.

Lamentablemente, durante demasiado tiempo se ha homologado el término "cultura" con el de "arte" o de "expresión artística". De hecho, la historia de la cultura se nos ha presentado la mayoría de las veces como un gran depósito de obras de arte que, miradas a la distancia, han servido más para encasillar superficialmente determinados períodos de la historia humana, que para ampliar nuestra sensibilidad y con ello el conocimiento más profundo de nuestra interrelación ineludible con la construcción de la realidad que nos rodea.

Agreguemos a ello, que el concepto de modernización asociado a la idea de desarrollo y progreso, ha sido hoy distorsionado por un economicismo avasallador y, muchas veces, banal. El mundo de las cosas sustituye al de las pasiones y de la creatividad y pareciera que el fin último de un proyecto de nación o de país es el aumento de los volúmenes y el valor de sus exportaciones.

Cuando las lógicas cosificadoras se imponen en prácticas económicas sin sentido, como ocurre en la actualidad, la cultura es primero arrinconada y luego reconvertida en mercancía barata, transable en cualquier mercado como un producto igual que cualquier otro, al ser entendida como bazar de artículos desechables, por algunos enfoques que sucumben a la visión exclusivamente productivista de las relaciones humanas.

Inmersas en el proceso de globalización actual, nuestras sociedades necesitan, más que nunca, instalar la cultura como referente y base indispensable de la viabilidad de su desarrollo en el largo plazo.

Me refiero aquí a un concepto más amplio y complejo, que considera la cultura como eje y no como parte aleadaña del desarrollo, el cual, por consiguiente, no se agota a sí mismo en las políticas de crecimiento económico, sino que se expande a las relaciones de creatividad, de afecto, de compromiso y de ternura que dignifican nuestra existencia como seres humanos.

Definitivamente, la cultura sólo adquiere su verdadera dimensión y sentido en aquellos proyectos de países donde es asumida como el espacio natural de la libertad en el cual tengan cabida la imaginación, la creatividad y la participación de todos y cada uno de los ciudadanos. Es precisamente en esos casos, cuando se convierte en el eje fundamental del pleno desarrollo, creciente, sustentable y constante de toda la sociedad.

Urge re-pensar y re-definir nuestra visión parcelada del hombre y de la mujer en cuanto a especie y asumirlos en su totalidad de seres humanos, con su materialidad y su trascendencia a cuestas y, sobre todo, con su capacidad de soñar y de asombro que subyace, dormida, bajo el peso de los contra-valores que, incontrarrestados, siguen instalándose en nuestra cotidianeidad,

Al mismo tiempo, debemos plantearnos una ampliación significativa del concepto de los derechos humanos, para que podamos hacernos cargo de los nuevos desafíos éticos que surgen de la constante transformación de nuestras sociedades.

LOS DERECHOS DE TERCERA GENERACIÓN

Durante el primer período de la modernidad, los derechos básicos estuvieron vinculados al trabajo libre y a la ciudadanía. En un segundo momento, a la participación y al protagonismo de los derechos políticos.

Se podría sugerir que ya hemos entrado en un tercer gran período, donde el concepto de los derechos se desplaza hacia nuevos caminos, como lo son el de la diversidad de la creación crítica y el de la libre invención de los mundos de la cultura.

En este extraño y fascinante período que nos toca en suerte vivir, tal vez debamos re - definir el valor de una sociedad fundándolo en la solidaridad y en la equidad como factores decisivos de su desarrollo y, por otro lado, rescatar el valor del arte como elemento que infunde en nuestra existencia **la vida de la belleza**, indispensable para poder conseguir la verdadera y definitiva libertad.

En este caso, me refiero específicamente a un concepto de belleza que va mucho más allá de lo referente a la estética y a la armonía de las formas. Postulo que la belleza influye y está completamente inserta en cada uno de esos valores. La belleza está implícita en la justicia, en la equidad, en la solidaridad y en la tolerancia hacia las diferencias.

No se trata de un concepto abstracto, ni de una teoría. Por el contrario, es justamente en el diálogo creativo entre estas diferencias, donde radica la belleza de la humanidad y se construyen las bases de una sociedad armónica y desarrollada en plenitud.

Cada mutación en la cultura es un desafío de tal amplitud y significado que nos obliga a replantearnos constantemente a nosotros mismos, no sólo en cuanto sujetos activos de esos cambios, sino también como objeto y consecuencia de las energías sociales y de los nuevos valores que ellas generan.

Quisiera referirme al mundo actual, simplemente como un lugar en que un sinnúmero de mujeres y hombres nos interrogamos con pasión sobre las perspectivas, repletas de esperanzas y riesgos, de un futuro que ya vive con nosotros.

Pienso que la aseveración de que **“...el fin es el desarrollo humano; el crecimiento económico es sólo un medio...”** es el eco de un movimiento subterráneo que, a nivel mundial, comienza a remecer las bases de todo lo establecido en el ámbito socio - cultural, a pesar de que aún no ha podido salir a la luz con fuerza, debido a la extraordinaria y excluyente atención, absolutamente dirigida, que se le ha prestado al aspecto económico.

Sin embargo, parece que este esquema se está resquebrajando rápidamente.

Incluso situaciones como las derivadas de las grandes crisis financieras de los últimos tiempos, que han hecho tambalear todo el tendido de redes macro - económicas a nivel mundial, favorecen la idea de que la cultura debe ser considerada el eje fundamental del desarrollo, porque refuerzan la convicción de que el desarrollo sin la cultura no es tal, al delatar la debilidad y la inseguridad de un progreso basado exclusivamente en los factores económicos.

DESARROLLO HUMANO

En este punto, quisiera detenerme un poco para hacer una breve reflexión acerca de lo que entiendo por desarrollo, acercándome a la raíz semántica del concepto para que la idea se comprenda mejor.

La palabra **desarrollo** lleva implícita la idea de desenrollar, extender y desplegar algo que está cerrado y que, a raíz de esa acción, muestra lo que en un principio tenía oculto y desconocido, revelándose en su real dimensión y significado.

El concepto de **desarrollo humano** apunta a algo similar, ya que todo lo que está potencialmente implícito en un determinado sujeto social, sólo se manifiesta a través del libre despliegue de sus capacidades, en una situación de armónica relación con sus semejantes, para construir el futuro común.

Esta percepción adquiere cada vez más fuerza. El hombre, desde su niñez, se desarrolla en la medida que puede evidenciar sus potencialidades en la acción concreta. Estas no deben quedar solamente en estado de proyecto, encerradas en su interior. Es necesario poder mostrarlas, exponerlas a los demás, usarlas aportando una particular visión de lo que somos y queremos tanto al nivel personal como social.

Esto sólo se logra si la sociedad es capaz de promover y proteger ese proceso de crecimiento personal en todos sus miembros. En la medida que esto ocurra, se garantiza la convivencia armónica entre las personas, ya que un verdadero desarrollo cultural es aquel que produce situaciones en las que, cada vez más, esas personas sean capaces de dialogar entre sí, asumiendo sus propias diferencias. En el derecho a vivir y expresar esas diferencias se basa nuestro concepto de ciudadanía cultural, la que considera al ciudadano como sujeto y protagonista que aporta su cuota a la construcción de la cultura, desde el mismo momento de su nacimiento.

UN LENGUAJE PARA LA CULTURA

En el actual proceso de cambio cultural, la **palabra** adquiere de nuevo, dentro del lenguaje comunicacional, un rol prominente, si atendemos a que no sólo define conceptos abstractos sino que también, sobre todo, define las distintas características de la materia que conforma nuestro mundo sensible,

Una reciente teoría afirma que las cosas existen sólo cuando las nombramos. En nosotros está hacerlo con los términos adecuados para que tengan una existencia armónica ya que, si las nombramos de manera imprecisa o equivocada, podríamos dar forma a un mundo inarmónico.

De igual manera, el hecho de usar un lenguaje específico para referirnos a la cultura, que tenga términos usados con propiedad, sin pedirlos prestados de otras disciplinas, sobre todo resistiéndose a aquellos derivados de la economía de mercado, de la sociología o de la política, es lo que permite definir con mayor precisión y dar vida a un discurso que sea cautivante para el interlocutor y que lo motive a adentrarse en nuevos mundos de sensibilidad y creatividad.

Es evidente que un lenguaje que se precia de “objetivo” y que trata de ser completamente aséptico para ser considerado “confiable” desde el punto de vista científico, margina conscientemente a la emoción, al contrario del lenguaje cultural que es emotivo en su propia esencia. Es por ello que considero imprescindible la gestación de un lenguaje propio para referirnos a la cultura, ya que sólo así estaríamos alimentando el diálogo fecundo y absolutamente complementario entre razón y emoción. Así nos reconoceremos en nuestra doble dimensión de seres racionales y emotivos a la vez.

Considero que el **conocer**, por sí solo, no es suficiente para movilizar nuestras energías a la acción. Hace falta el **sentir**, para que logremos comprometer todo nuestro ser en la construcción de nuevos caminos que nos conduzcan a una mejor calidad de vida. Es seguramente el sentimiento el que da vida a nuestra capacidad de soñar y que nos presiona para que luchemos para realizar lo que soñamos. Es él que nos da la señal de nuestra pertenencia al territorio y a la sangre, los dos elementos que están en la base de cualquier identidad comunitaria. Sueños y sentido de pertenencia son las fuerzas indispensables en la construcción del sentido de país. Un país que no sueña es un país sin alma.

Otro problema es el que se produce con los macro indicadores que deben ser utilizados para medir el nivel de desarrollo cultural que experimentamos. Los parámetros adecuados para advertir esta realidad, deberían estar constituidos por el grado de satisfacción de las necesidades espirituales y de realización personal de los miembros de una sociedad. Aquí no son viables de aplicar aquellos otros que pueden ser muy efectivos en política o economía.

Es indiscutible que nuestras sociedades se han contextualizado de tal manera que el éxito, la posición económica y la seguridad son valores que se han instalado con tanta fuerza, que necesitamos adherir a ellos constantemente para que nuestras vidas adquieran algo de significación ante la sociedad y ante nosotros mismos.

Frente a estos pseudo - valores, la concepción de cultura a la que hago referencia antepone la ética, la equidad, la solidaridad, la justicia y, principalmente, la belleza, tal como lo expresaba anteriormente.

Debo señalar, sin embargo, que dicho proceso no se da en un corto tiempo y que, más bien, tiene un cierto grado de lentitud para completar su instalación en la sociedad, característica que permite la intervención constante de fuerzas y presiones externas que pueden modificar su direccionalidad y sus objetivos finales.

LA PARTICIPACIÓN PARA EL CAMBIO.

Ahora bien, esa intervención modificadora parte necesariamente de un proceso de cambio interior de los sujetos sociales, el que se relaciona con su propia forma de sumarse al proceso y que puede ser de muy diferentes impactos, dependiendo de las motivaciones positivas o negativas que se tengan para influir en el entorno inmediato.

Sin embargo, considero que es un deber ineludible de todo ser humano cooperar al establecimiento de condiciones sociales que permitan el aporte de todos. No es en absoluto negativo que exista un amplio abanico de puntos de vista diferentes acerca de como insertarse en el proceso; por el contrario, creo que es deseable y necesario.

El hombre, hasta hoy, es el único ser viviente que goza de plena conciencia sobre todo cuanto sucede y, por lo tanto, está capacitado para reflexionar sobre su desarrollo tanto personal como social.

Este proceso de asunción de su realidad y la reflexión acerca de ello, le permite realizar las acciones adecuadas para alcanzar un máximo nivel en el despliegue de sus potencialidades y es deber del sistema social garantizar su libre flujo.

La reflexión, sin la posibilidad de influir en el desarrollo es frustrante. El desarrollo irreflexivo y exclusivamente marcado por lo circunstancial redundante, muchas veces, en una trastocación de los valores fundamentales del hombre.

Ahora bien, este proceso de reflexión, acción y crecimiento debe estar fundamentado simultáneamente tanto en una mirada al pasado como al presente, ya que sólo en la medida que sepamos asumir y entender el pasado, podremos formular para el futuro alternativas más humanizantes en nuestras relaciones de convivencia.

Somos lo que somos por nuestro pasado. Pero no podemos desarrollarnos sin una mirada hacia el porvenir. Creo que la composición del mecanismo de nuestro desarrollo pleno debe considerar pasado, presente y futuro sin separarlos artificialmente.

De hecho, lo que hoy día es presente, mañana será pasado y el futuro en algún momento va a ser presente y pasado, constantemente. Podremos pensar mejor en los resultados de algo en la medida que concebimos el mañana como un ayer.

Hoy más que nunca, vivimos una época de desafíos a la imaginación y a la creatividad. El mayor de ellos es el de inventar nuevos caminos para el arte y la ciencia, aplicando de otra manera sus continuos descubrimientos y avances éticos y estéticos, otros espacios en los cuales poder transgredir los valores de ayer y gestar los de mañana. Si estamos dispuestos a re - pensar la cultura, debemos forzosamente dejar los seguros límites de las cosas ya sabidas y abrimos paso, a tientas, hacia la gran incógnita de lo desconocido.

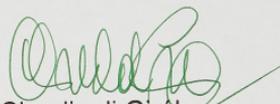
Pienso que es la hora de hacerlo. Todos estamos convidados a esta aventura de construir un mundo nuevo y más humano.

Para terminar, hago mias las palabras de Alwin Töffler:

“La responsabilidad del cambio nos incumbe a todos. Debemos empezar por nosotros mismos, aprendiendo a no cerrar prematuramente nuestras mentes a lo nuevo, a lo sorprendente, a lo aparentemente radical.

Esto significa luchar contra los asesinos de ideas que se apresuran a matar cualquier nueva sugerencia sobre la base de su inviabilidad, al tiempo que defienden como viable todo lo que ahora existe, por absurdo, opresivo o estéril que pueda ser. Significa luchar por la libertad de expresión, por el derecho de la gente a expresar sus ideas, aunque sean heréticas...

...Si empezamos ahora, nosotros y nuestros hijos podremos tomar parte en la excitante reconstrucción, no de nuestras anticuadas estructuras, sino que de la civilización misma... ”



Claudio di Girolamo
Chile. Santiago, junio de 1999